tículo, aplazaremos para el siguiente el examen de otro argumento análogo que, fundado en ciertos datos estadísticos, presenta Hérbert Spencer, y que aunque nos parece más pobre en solidez, tiene en su apoyo el prestigio que le da el ilustre nombre de quien lo ha formulado.

VI

Veamos la prueba estadística que Spencer presenta en favor de su tesis. Creemos importante citar los propios términos usados por el eminente pensador.

"Para demostrar cuán poca es la acción que ejerce la enseñanza en la conducta, presentaré un hecho decisivo, fruto de mi propia observación. Hará unos doce años principié una cierta publicación periódica, sobrado sería para ofrecer interés á los más, y por consiguiente limitada necesariamente á una reducida circulación entre las personas bien instruídas. Se daba previo aviso á los suscritores cuándo habían de pagar la cuota de suscrición por cada cuatro números. Como era de esperarse, algunos tenían cuenta inmediata del aviso: otros se acordaban de él más ó menos tarde, y otros lo olvidaban por completo. Una gran parte de éstos, á quienes, de cuando en cuando, un nuevo aviso venía á hacerles memoria, se encontraban atrasados en dos mensualidades; mas, en virtud de una carta aviso de los editores, unos se apresuraron á demostrar que no había

habido más que un olvido, mientras continuaron otros recibiendo el periódico sin pagarlo. Cuando éstos tuvieron ya tres suscriciones vencidas, vino una nueva circular de los editores que dió por resultado algunos pagos, y que quedara visible que un cierto número hacía caso omiso de todas las advertencias. Entonces los editores previnieron á éstos que caso de no hacer efectivo lo que adeudaban, se les daría de baja en las listas de suscrición, pasándose por fin raya á los nombres de aquellos que continuaran sin dar señales de vida. Al cabo de diez años se comprobó la lista primitiva para establecer la proporción en que estaban los que habían dejado de pagar con el número total de suscritores, y luego se quiso ver igualmente la proporción en que estaban los defraudadores respecto á las profesiones. Aquellos, pues, que se negaron á pagar, después de haber recibido la publicación uno y otro año, ofrecieron por la clase el siguiente tanto por ciento:

Suscritores de profesión desconocida	27	p 00
Médicos	29	„
Eclesiásticos (los más de la Iglesia establecida oficial)	31	„
Seculares	32	„
Periodistas	82	„

"Admitamos que si es tan alto el tanto por ciento respecto de los periodistas, esto puede tener por causa el hábito de recibir gratis los ejemplares; pe-

ro no por eso dejamos ante todo de tener el hecho sorprendente de que casi una tercera parte de los suscritores dejase de tomar en cuenta una reclamación bien fundada. En segundo lugar, al comparar las subdivisiones, descubrimos que la clase que no se distingue por títulos de ninguna especie, aquella que por consiguiente ha de incluir, como hay que suponerlo, á los que, bien que instruídos, no han recibido una instrucción superior, suministra la cuota menor en el tanto por ciento de los deudores; de suerte que esto parece probar que *hay una cierto asociación entre la cultura intelectual y la indelicadeza de la conciencia.* Y luego hay que notar otra cosa, y es la falta de ese efecto beneficioso que se espera de la repetición de los preceptos morales: en este punto, eclesiásticos y seglares están al mismo nivel. De modo que, así en general como en detalles, contradice esta prueba, al igual que la que hemos dado en el texto, la idea de que la cultura intelectual desenvuelva los sentimientos superiores."[1]

Para nosotros está muy lejos de ser decisiva la anterior demostración y antes bien nos parece que lo único que con ella se ha probado en realidad, son las grandes dificultades que existen para la exacta apreciación de los hechos sociales, dificultades que el mismo Spencer ha analizado de una manera ma-

1 Nota al capítulo XV de la obra "The Study of Sociology." Consta en la pág. 440 de la edición de N. York, 1884. La traducción la hemos tomado de la edición española de las obras sociológicas de Spencer, publicada en Barcelona, tomo I, pág. 364.

gistral, en el curso del libro de que hemos tomado el párrafo trascrito. Todos los fenómenos sociales proceden de orígenes muy complexos y por tanto nada es más fácil que cometer un error cuando se quiere referirlos á solo un hecho ó un orden determinado de hechos.

Cuando M. Bertillón ha pretendido comprobar con ciertas cifras estadísticas que la longevidad es mucho mayor en los casados que en los célibes, señaló un hecho digno de consideración y sin duda exacto, si fueron exactos también los datos que le sirvieron de base. Pero de este hecho casi puramente estadístico, pasó el autor que citamos á otro terreno, al concluir que el matrimonio es más favorable á la longevidad que el celibato.

Esta conclusión fué combatida por Spencer en el capítulo V de la obra citada, probando que lo que Bertillón toma como causa, es en realidad un efecto, pues en la mayor parte de los casos, los que contraen matrimonio son, por muchos motivos que el autor señala con detención, los más aptos para triunfar en la lucha por la existencia, y en esa aptitud, más que en el matrimonio mismo, está la verdadera causa de la longevidad entre los casados, revelada por los cuadros estadísticos.

En otros pasajes de la propia obra demuestra el ilustre filósofo cuán fácil es el error aun para las inteligencias privilegiadas al juzgar de hechos en que tienen cierto interés ó que pueden servirles de apoyo á sus opiniones favoritas.

Parécenos que de esto ha dado una prueba palpitante el mismo Spencer en el caso á que nos hemos referido. No son sus datos los que rechazamos sino su conclusión, porque creemos que en ella se olvidó de que se trataba de un fenómeno complexo, cuya explicación pudiera estar en muchas circunstancias por él descuidadas. Creemos que su admirable inteligencia puede haberse extraviado por el deseo de encontrar una prueba más en favor de su tesis de que la cultura intelectual no influye favorablemente sobre las costumbres, y no nos parecería remoto, aunque no lo aseguramos, que en el juicio y conclusiones del párrafo inserto, pudiera haber ejercido una influencia involuntaria, el interés personal, siquiera de amor propio, determinando cierta mala prevención contra las personas que no pagaban una publicación de la que él parece haber sido cuando menos redactor.

No pretendemos negar que en el caso dejara de haber indelicadeza en los suscritores morosos; pero ¿por qué no buscar alguna explicación atenuante? ¿no la ha encontrado el mismo Spencer para los periodistas en el hábito que tienen de recibir gratuitamente diversas publicaciones? ¿analizó por ventura el autor del cuadro, el estado relativo de fortuna de los individuos que no pagaron? Los más cumplidos aunque menos instruídos, pueden haber sido banqueros, industriales ó comerciantes ricos que, acaso sin leer la publicación, la pagaban por hábito, por lujo y por la necesidad que tienen de cubrir con re-

gularidad todas sus cuentas para conservar su crédito mientras que entre los clérigos, médicos y periodistas que se atrasaron, puede haber habido muchos que hayan recibido el periódico por compromiso y que por dificultades pecuniarias del momento se hayan atrasado en sus pagos, sin borrarse sin embargo, por cierta especie de delicadeza y con la esperanza de llegar á solventar su crédito.

Por otra parte, la argumentación y el ejemplo de la nota, nos parecen demasiado pobres para prueba de la tesis que se sostiene en el texto. Suponiendo exacta la conclusión y aun dando por supuesto que se pudiera generalizar y no limitarla al caso particular que se cita, lo más que probára sería que la instrucción no desarrolla la delicadeza suficiente para pagar el valor de las publicaciones que se reciben, pero no que fuera incapaz de desarrollar otras facultades morales de más elevado interés como la tolerancia, la humanidad, la abnegación y otras muchas que, además de contribuir al progreso y bienestar general de la especie humana, tienen la particularidad de que necesitan las más de las veces, ser espontáneas en sus efectos porque en pocas ocasiones pueden ser exigibles interponiéndose la autoridad del juez, como lo son el pago de suscriciones de un periódico, ú otras deudas semejantes.

Nosotros creemos firmemente en la influencia de la educación para prevenir ó disminuir la criminalidad; pero juzgamos que tiene todavía un objeto, si se quiere más elevado, cual es el de hacer brotar y

crecer ciertas virtudes sociales sobre cuya práctica altamente benéfica al género humano, no pueden ejercer acción alguna, si no es indirecta, las leyes positivas puesto que antes bien, ellas mismas se han ido mejorando y humanizando más y más cada día, bajo el influjo de aquellas virtudes lentamente desarrolladas gracias á los progresos de la instrucción.

Buckle en su "Historia de la Civilización en Inglaterra" que en otros artículos hemos citado, viene en realidad á favorecer esta opinión, pues en el capítulo 4º, tomo 1º de dicha obra, desarrolla esta serie de proposiciones que ilustra con ejemplos tomados de diversas naciones: "El progreso de la sociedad es moral ó intelectual; como las verdades morales no han cambiado, y por el contrario, las del orden intelectual están sufriendo cambios incesantes, estas últimas son la verdadera causa del progreso y por consiguiente de la civilización y bienestar que han alcanzado las naciones en nuestra época." Permítasenos explicar los términos en que aceptamos las conclusiones del distinguido historiador, pues diferimos algo de ellas, más que en el fondo, en la forma con que las expresa.

Para nosotros las verdades morales, lo mismo que las intelectuales, consideradas en sí mismas, es decir, como la expresión de una ley ó serie de leyes que el hombre puede conocer, pero que aunque no las conozca, no por eso dejan de existir; son invariables, son absolutas porque deben su origen al Ser inmutable y absoluto por esencia; pero en el momento en que se consideran como objeto de conocimiento, se hacen relativas y por consiguiente susceptibles de modificación y de progreso. La diferencia consiste sólo en que las verdades del orden moral, basadas en el doble instinto de individualidad y sociabilidad que posee el hombre, se adquieren, á lo menos en sus bases fundamentales, con una rapidez relativamente mayor que las del orden intelectual, resultando de aquí que durante largos períodos, la moral parezca estacionaria en medio de los progresos incesantes de las demás ciencias. En un capítulo de una obra que tenemos publicada, hemos intentado demostrar esos principios, y si ellos son exactos podrían servirnos para juzgar en qué está el error de Buckle.

En la moral deben considerarse tres problemas muy diversos aunque intimamente enlazados: 1º Los principios ó verdades morales tales como preexisten en la Inteligencia Divina, ó si se quiere usar un lenguaje puramente científico, tales como los demanda la ley natural del desenvolvimiento del hombre y de las sociedades. 2º El conocimiento de esos principios por el hombre, que queda así apto para cooperar conscientemente á aquel desenvolvimiento. 3º La aplicación del propio conocimiento á las acciones humanas, punto final de las verdades mismas, que, en moral sobre todo, ciencia esencialmente práctica, tiene el mayor interés. Es fácil comprender el íntimo enlace de los dos últimos problemas que pertenecen á la esfera de lo real, mientras que el pri-

mero se refiere á lo ideal, aunque en ciertos casos, cuando el conocimiento ha avanzado más que la práctica, él mismo viene á ser un ideal respecto de la última.

Casi otro tanto pudiera decirse de las verdades del orden intelectual, si bien en ellas la práctica sigue más de cerca al conocimiento; pero la verdad es que en ese orden existen también un número casi infinito de verdades, objeto de la investigación del hombre; algunas de estas verdades han entrado como conocimiento al dominio humano y otras en fin, de estas últimas, han llegado á tener su aplicación en la vida práctica.

Buckle, pues, en el raciocinio que hemos extractado, considera las verdades morales ó en su carácter absoluto ó como simple conocimiento del orden ideal, y por eso, en relación con la práctica, la parecen invariables, mientras que considera las verdades intelectuales no en sí mismas, sino como conocimiento práctico y por lo mismo las encuentra cambiando constantemente por efecto de su relatividad. De aquí resulta que atribuye todo el progreso de la civilización al progreso intelectual, conclusión en la que estamos de acuerdo, más justamente por una razón contraria á la que sostiene Buckle, pero que en el fondo coincide con sus opiniones, á saber: porque creemos que el progreso intelectual ha traído consigo un progreso en el conocimiento de las verdades morales ó cuando menos en su práctica.

Ya se comprende con lo que va expuesto, que los

ejemplos que en apoyo de su doctrina sobre la influencia del progreso intelectual en la civilización, cita el eminente historiador inglés vienen á corroborar la opinión que hemos venido sosteniendo y á contradecir, por consiguiente, las opiniones de Spencer.[1] Según este filósofo, en efecto, el estado social de un pueblo, es resultado del estado social de sus individuos, y como el hombre de genio no puede aparecer en medio de un pueblo salvaje, ni aun en el supuesto de que apareciera, ejercería influencia provechosa sobre él, es indispensable para el progreso de la civilización que el conocimiento de las verdades intelectuales, es decir, la instrucción, se extienda y multiplique entre los miembros de cada nación y de la humanidad entera. ¿Pero qué es el progreso de la civilización? Según Buckle, según el mismo Spencer y según todos los pensadores y filósofos más distinguidos, no es sólo el progreso del bienestar material, sino que es sobre todo, el progreso de la tolerancia, el respeto al derecho ajeno, el progreso de la libertad, la dulcificación de las costumbres, y en suma, el progreso de la moralidad. Con razón ha dicho, pues, uno de los más célebres

1 Entre las proposiciones sostenidas por Buckle, son dignas de notarse las siguientes:

"Los hombres ignorantes hacen mal en proporción á su sinceridad: la disminución de las persecuciones religiosas se de debe al progreso del conocimiento y la disminución del espíritu guerrero se debe á la propia causa." Véase la obra citada, tomo I, páginas de la 121 á la 163. Edic. de N. York, 1882.

pensadores de nuestra época. "Los que pudieran juzgar que el crecimiento de las luces no ha tenido un crecimiento paralelo de moralidad, deben sólo considerar la tolerencia, que evita á las sociedades modernas numerosos sufrimientos, crímenes y verdugos."[2]

VII.

Hemos analizado en los últimos artículos ciertas pruebas del orden estadístico, alegadas por los enemigos de la educación como medio de mejoramiento moral. Citemos ahora otros datos del mismo orden, pero que pueden servir al contrario, como una prueba directa de la influencia moral de la educación.

Para no cansar al lector con un registro fastidioso de números, expondrémos simplemente los resultados ó conclusiones generales á que han llegado algunos estadístas respetables, principalmente de los Estados Unidos, teniendo en cuenta la relación del número de los criminales, con el de habitantes, total ó parcialmente iliteratos. En los registros de las Penitenciarías de Pennsylvania, consta que en los años de 1879 á 1880, fueron recibidos 1,521 reos, entre los cuales se hallaban 265 absolutamente ignorantes. Es decir, que de la totalidad de crímenes cometidos durante dos años en aquel Estado, y que merecieron ser castigados con encarcelamiento en las Penitenciarías, más de una sexta parte se debió

2 Littré. Préface d'un disciple. Pág. 23.

á individuos absolutamente iliteratos. Ahora bien, las personas de esta clase, en edad de ser enviadas á una Penitenciaría, no constituyen ni la trigésima parte de la población del Estado, de donde resulta que esta trigésima parte da ella sola una sexta parte de criminales, mientras las otras cinco sextas salen de las veintinueve trigésimas partes de población más ó menos ilustrada.

Las conclusiones que presenta Mr. Wickershan en su Informe al Departamento del Interior, del que tomamos estos datos, son los siguientes: 1ª Que casi una sexta parte del total de crímenes cometidos en los Estados de la Unión, se debe á personas totalmente iliteratas. 2ª Que casi un tercio de ellos es cometido por personas prácticamente iliteratas, y 3ª Que la proporción de criminales entre los iletrados, es casi diez veces mayor que entre los que han sido instruídos en los elementos de educación de una escuela ordinaria.

Á conclusiones análogas llegan otros investigadores. El Dr. Mansdfield en un informe rendido en 1872, sobre la "Relación entre la educación y el crímen," teniendo á la vista la estadistica criminal de la mayor parte de los Estados, deduce: 1º Que un tercio del total de criminales pertenece á las clases absolutamente ineducadas y las cuatro quintas partes á las prácticamente ineducadas. 2º Que la proporción de criminales de clases iliteratas, es cuando menos diez veces mayor que la de los que tienen alguna educación.